



Fe y amor: la esencia de una familia cristiana

La Biblia enfatiza repetidamente que la familia es el santuario de la vida, y la Sagrada Familia de Nazaret es el principal ejemplo. ¿Qué la hizo especial? Cristo estaba en el centro, y con Dios brotando allí, el cielo estaba justo en medio de ellos. Como alguien dijo sabiamente: "Una familia feliz no es más que un paraíso anticipado", y qué cierto suena eso.

Como toda familia, la familia de Nazaret experimentó alegrías y desafíos. Se enfrentaron a circunstancias únicas, incluido el hecho de que María estuviera embarazada antes de vivir con José, tener que viajar durante su tiempo para dar a luz, la pobreza, la necesidad de escapar a un país lejano a lomos de un burro y momentos como la pérdida de Jesús. María probablemente soportó todo el dolor mencionado por Simeón, un traspaso en su corazón. Se encontraron con el rechazo, acusaciones contra Jesús y el momento desgarrador cuando María fue testigo de la crucifixión de Jesús. ¿Qué los sostuvo a lo largo de todo? Su profundo amor por el Señor y por los demás, su obediencia a Dios y su compromiso inquebrantable de someterse a la voluntad de Dios mediante el trabajo duro y el esfuerzo.

También para nuestras familias la regla fundamental permanece inalterada. Cristo debe tomar protagonismo, asegurando la presencia constante y segura de Dios.

Mis primeros recuerdos incluyen levantarme al amanecer para caminar a la iglesia para la Santa Misa junto a mis padres y hermanos. Estoy agradecida de haber nacido en una familia católica devota. Mi padre, un modelo a seguir, priorizó a Jesús y los sacramentos, inculcándonos la importancia de practicar la fe y defender la tradición. Los domingos y primeros viernes estuvieron marcados por la confesión y la Sagrada Comunión sin falta.

Mi infancia está adornada con recuerdos preciados de momentos familiares alegres con mamá, papá y mis cinco hermanos. Nuestro tierno amor mutuo creó un vínculo muy unido en el que los hermanos mayores cuidaban de los más pequeños, y el amor y el sacrificio estaban entrelazados en el tejido de nuestras vidas. Juntos oramos, compartimos experiencias diarias –tanto las buenas como las desafiantes– ofreciendo aliento y apoyo. Papá y mamá nos inculcaron el amor por Dios y por los demás, enseñándonos la importancia de la oración y guiándonos por el camino de los valores, la moral, la bondad, la fidelidad y la gentileza.

A pesar de no tener todo lo que deseábamos, encontramos satisfacción en lo que poseíamos. Infundidos por la gratitud, agradecíamos constantemente al Señor por cada bendición. Crecer en una familia cariñosa moldea al individuo capaz de mantenerse erguido como adulto. Tenemos una profunda deuda de gratitud con nuestros padres, los arquitectos de la fundación que nos formó.

Con el paso del tiempo, llegó el momento de formar mi propia familia. Los valores heredados de mis padres y de los padres de mi esposo jugaron un papel crucial en la configuración y construcción de un hogar cálido para nuestros tres hijos: un regalo divino que es lo mejor que Dios nos dio.

A medida que nuestros hijos crecieron, trajeron alegría y desafíos a nuestras vidas. Como padres, asumimos la responsabilidad de satisfacer sus necesidades cambiantes. Les brindamos abundante amor, consuelo y, lo más importante, les impartimos la fe heredada de nuestros propios padres. Enfatizamos el valor genuino de las cosas, inculcamos la moral y cultivamos buenos valores. Juntos asistimos a misa, rezamos el Rosario y profundizamos en la Palabra de Dios. Las oraciones familiares ocupaban un lugar central en nuestras tardes.

La hora de la cena se convirtió en un momento preciado para compartir, escuchar y expresar cariño con paciencia y amor. Invertimos considerable tiempo y esfuerzo en fomentar las relaciones interpersonales y abordar las dimensiones emocionales de la vida.

Los altibajos son inherentes a nuestro viaje terrenal. Justo cuando la vida parecía florecer, a mi esposo le diagnosticaron cáncer y nuestros hijos aún eran muy pequeños. Navegamos a través de los tiempos más difíciles. A pesar de la oscuridad que nos envolvía, sentimos la presencia divina ofreciéndonos fuerza y consuelo. Nuestra familia extendida brindó un apoyo inquebrantable. Finalmente, mi esposo perdió la batalla y sucumbió al cáncer. Los días, semanas, meses y años que siguieron fueron desafiantes, pero nuestra fe resiliente, una gracia pura, siguió siendo nuestro ancla. Guiados por el Señor que caminó a nuestro lado, encontramos la fuerza para perseverar.

Como adultos, los hijos mayores han ampliado la esfera del amor en nuestra familia con sus matrimonios. La incorporación de Adam, mi nieto, una profunda bendición, ha ampliado aún más este círculo.

De hecho, como dice la palabra de Dios: 'En efecto, los hijos son herencia del Señor, el fruto del vientre una recompensa'. La verdad de estas palabras resuena en la alegría que trae un nieto. Ser testigo de su crecimiento, especialmente en el amor al Señor, es un don precioso. Recientemente, sus padres me contaron que, con solo nueve años, llega temprano a la escuela con entusiasmo todos los días. Cuando le pregunté por qué, su respuesta fue realmente notable: '¡Voy a la capilla de la escuela y rezo a Jesús antes de que comiencen las clases!' ¿No es simplemente hermoso?"

Mi corazón rebosa de gratitud al Señor por su inquebrantable fidelidad, amor, gracia y bendiciones, que a menudo nos otorga incluso cuando no nos damos cuenta. Si tan sólo nos detuviésemos y reflexionáramos, nos daremos cuenta de que nuestro Señor es un Dios generoso, dispuesto a proporcionar no sólo lo que pedimos sino incluso lo que no nos hemos atrevido a imaginar.

En conclusión, una buena familia cristiana es un testimonio del poder duradero del amor, la fe y los valores. A través de las pruebas y los triunfos, los cimientos establecidos por los padres se convierten en una luz que guía a las generaciones. Es un compromiso con Dios en el centro, una dedicación a pasar la antorcha de la fe y una voluntad de afrontar los desafíos de la vida con una confianza inquebrantable. Al reflexionar sobre las lecciones aprendidas de la Sagrada Familia, se hace evidente que una buena familia cristiana es un santuario de gracia, donde los ecos del amor y la fe resuenan a través del tiempo. Que nuestras familias, arraigadas en las enseñanzas de Cristo, sigan siendo faros de luz, alimentando valores que trascienden generaciones.

Sra. Teresa Kattukaran
Miembro de la UAC, Bangalore, India